

AGENDA CIUDADANA

UN PORVENIR QUE VALGA LA PENA

Lorenzo Meyer

El futuro como negación del presente. Lo mejor que un mexicano puede hacer en estos días en Europa es no leer ninguna de las noticias que aparecen sobre México, a menos que obtenga alguna malsana satisfacción de enterarse, por ejemplo, de las sospechas norteamericanas sobre las relaciones entre el Ejército mexicano y los narcotraficantes, de los vínculos entre éstos últimos con el Grupo Financiero Anáhuac y con ciertos “parientes incómodos” de la élite política o que, en fin, le guste conocer al detalle –con fotos y todo- el linchamiento de los dos presuntos secuestradores de menores en Hidalgo.

Si, por el contrario, ese hipotético lector mexicano quiere dejar todo lo anterior para entrar en el terreno de lo positivo, entonces le conviene alejarse del presente y concentrarse en el futuro como la única posibilidad de construir algo mejor por la vía de la negación de la negación, como diría Marx. Y para no caer en el terreno de las especulaciones vanas, lo mejor es examinar la más reciente propuesta sobre el futuro avalada por uno de los nuevos líderes del centro-izquierda europeo: el primer ministro británico Tony Blair, joven cabeza del viejo laborismo y uno de los responsables de resolver la crisis del “Estado benefactor” que surgió hace medio siglo y que hoy se está desmoronando en todas aquellas partes donde existió. En México, en realidad, nunca tuvimos oportunidad de alcanzar ese estadio del desarrollo, apenas si conocimos el “Estado interventor”, que a partir de 1982 también se empezó a disolver, por corrupto e ineficiente.

El pasado 26 de marzo, el dinámico primer ministro británico, tras un exitoso viaje a Francia –donde, por cierto, se desarrolla una lucha a fondo entre la

derecha y la izquierda-, presentó ante las Cámaras de los Comunes y ante el mundo, el llamado *Libro verde* (cuyo subtítulo es: *Las nuevas ambiciones de nuestro país y un nuevo contrato para el bienestar*). Se trata, ni más ni menos, que de las grandes líneas del proyecto nacional del laborismo inglés, resumidas en 30 puntos, y cuya meta es superar el legado de 18 años de neoliberalismo ortodoxo (¿salvaje?) que encarnaron la ex primer ministro conservadora Margaret Thatcher y el ex presidente norteamericano Ronald Reagan.

El punto de partida es retomar la búsqueda de la justicia social, pero sin echar por la borda todos los cambios que introdujeron los conservadores. No se pretende, ni mucho menos, el retorno al “viejo contrato” donde una burocracia ineficaz diseñó programas que fueron auténticos barriles sin fondo y que terminaron por producir déficits públicos insostenibles. Lo que hoy se busca es lograr un objetivo sencillo de enunciar aunque nada fácil de construir y sostener: la unión de la eficacia económica del actual sistema de mercado con el viejo ideal de equidad y justicia encarnado en el “Estado benefactor” creado después de la Segunda Guerra Mundial.

Una utopía modesta. Blair resumió su propuesta con este lema: “trabajo para los que puedan trabajar”. Entre estos últimos están, desde luego, los niños y jóvenes por un lado, y los jubilados y enfermos crónicos por el otro, pero ya no estarán, salvo temporalmente y tras cumplir con una serie de requisitos muy duros, los meros desempleados. Así pues, lejos, muy lejos, quedó ya la Utopía de la vieja izquierda: “por una sociedad sin clases”, “a cada quien según sus necesidades, de cada quién según sus capacidades”, “la desaparición del Estado y la aparición del ‘hombre nuevo’ y de ‘la verdadera historia’”, etcétera. Lo que

ahora tenemos es una utopía sin mayúscula, pequeña, modesta, aunque no por ello desdeñable.

En la actualidad ya casi nadie supone que la historia tiene un sentido predeterminado, y menos ese compromiso con la justicia que el optimismo de Marx supuso (los trabajadores, que hoy no son nada, lo serán todo, predijo el autor de *El manifiesto comunista*). El futuro no lo tiene escriturado nadie, ni los proletarios ni propietarios ni, menos, la angustiada clase media. Por lo tanto, no hay seguridad alguna de que Blair o quienes piensen como él logren su objetivo, pues mientras el resto del mundo, en especial Estados Unidos, siga montado en la ortodoxia neoliberal y de respeto por las leyes del mercado, los que quieran seguir un camino diferente van a tener que enfrentar con desventaja la competencia de aquellos que no desean pagar el costo que demanda la equidad. Desde la perspectiva de la izquierda moderada –la que está en el poder en Inglaterra o Francia, por citar los casos más destacados- el futuro es, básicamente, incierto. Ese futuro será lo que la clase política logre hacer de él si consigue el respaldo político de sociedades desencantadas, donde domina el “sálvese el que pueda”, y donde cualquier político realista debe tomar en cuenta los egoísmos de los más afortunados, los conflictos de clase y los regionales así como las contradicciones sin solución, entre otros.

El nuevo gasto social. En principio, el capital –el ganador indiscutible de la gran redistribución del ingreso que ha tenido lugar en los últimos 20 años en todo el mundo-, no debería ver con hostilidad un futuro como el descrito por Blair. Los laboristas no se proponen quitarle a los que tienen para darle a los que casi no tienen, al menos no es ésta la parte central de su proyecto. En lo fundamental, la propuesta consiste en no contradecir al mercado, en aprovechar sus dictados y

darle por su lado, pero más en ciertos renglones y menos en otros. En efecto, se pretende invertir mucho en educación y a todos los niveles, desde el primario hasta el universitario, pero de manera que el resultado de esa inversión lo pueda aprovechar de inmediato la empresa competitiva, la que busca la eficiencia contratando cada vez mano de obra muy calificada. El aspecto directamente redistributivo del proyecto consiste en apenas no dejar caer en el abismo de la pobreza extrema a los jubilados, y aun en este caso el mercado está presente, pues las futuras pensiones sólo parcialmente correrán por cuenta del Estado, ya que al trabajador se le va a meter, a querer que no, en un plan privado de ahorro para el retiro. En realidad, en Gran Bretaña las tres cuartas partes de los trabajadores actuales cuentan ya con algún tipo de sistema de ahorro privado.

Para equilibrar su gasto en educación y pensiones –el gasto social del gobierno británico (*welfare*) es de 160 mil millones de dólares, es decir, un tercio de su presupuesto total- el gobierno va a disminuir la ayuda para la renta de casas y a limitar el seguro contra el desempleo. Además, a esos desempleados sólo se les auxiliará temporalmente, mientras se les abre un nuevo camino, pues las reglas estarán diseñadas para animarle –en realidad, obligarle- a reincorporarse al trabajo lo más rápido posible para que deje de ser una carga para la población contribuyente y para que no funcione como un contra ejemplo de la ética del trabajo, que tiene que seguir siendo el centro de la cultura cívica. Según la propuesta de Blair, incluso los discapacitados deberán estar dispuestos a trabajar, aunque el compromiso del gobierno es encontrar o crearles una labor adecuada a sus limitaciones, lo cual va a requerir trabajadores sociales bien entrenados y llenos tanto de buena voluntad como de sentido común.

¿Es factible disminuir el desempleo por la vía de la educación y la reeducación? En España, por ejemplo, las cifras oficiales indican que el 64 por ciento de los desempleados que en 1997 recibieron cursos especiales de “formación ocupacional” lograron encontrar algún empleo, especialmente los más jóvenes, que se incorporaron al sector de la construcción y a la industria (*El País*, 29 de marzo). No se trata de los empleos más fáciles ni mejor pagados, pero que conste que estamos hablando de utopías modestas.

¿Y nosotros? Como todo país subdesarrollado, los problemas que experimenta la sociedad mexicana son como los europeos, pero a lo grande, en exceso. Finalmente, la diferencia entre ellos y nosotros implica un salto cualitativo. Nuestras necesidades son mucho mayores y los recursos económicos, políticos y culturales mucho menores. Pese a todo, la discusión europea sobre los caminos para superar los males del neoliberalismo deben ser escuchados y discutidos en América Latina, pues las ideas al respecto no sobran, faltan.

En México, el problema social fundamental de este final de siglo resulta extraordinariamente parecido al que ya se tenía al final del siglo pasado, en el auge de la modernización porfirista, o, para ese caso, igual al que prevalecía al concluir el siglo XVIII, cuando la Nueva España vivía tanto el boom de la plata como el de los pobres. En los tres casos, el dinamismo de ciertos sectores de la economía, siempre ligados a la exportación concentró la riqueza en un grado extremo, obsceno; mientras que amplias capas populares vivían en una miseria casi absoluta, sin mayores posibilidades de superar una forma de vida que las mantenía no sólo en el hambre sino en la indignidad.

Uno de los resultados de la brutalidad del sistema de distribución de premios y castigos económicos en el “Siglo de las luces” en México fue la

igualmente brutal rebelión de los pobres en 1810, pues no fue otra cosa la guerra de independencia, sobre todo en su origen, que el de una lucha, despiadada de clases y de razas. A la concentración oligárquica de propiedades y de privilegios que caracterizó a la dictadura de los liberales que siguió a la restauración de la República en el siglo XIX, le puso fin a un levantamiento social que sumió a una buena parte de México en los horrores de una durísima guerra civil entre 1910 y 1920. Finalmente, el neoliberalismo actual, el del Tratado de Libre Comercio y la globalización, vuelve a dar por resultado una polarización social excesiva, no muy diferente de la que caracterizó a los dos últimos fines de siglo, ¿quiere decir esto que al iniciarse el nuevo milenio los mexicanos vamos a experimentar una nueva ruptura del orden similar a las que tuvieron lugar al despuntar los dos siglos anteriores? Desde luego que no; la historia no transcurre con regularidades como ésas, ni tiene por qué repetirse. Sin embargo, tampoco hay una ley que asegure lo contrario, es decir, que ante situaciones parecidas no ocurren reacciones similares.

A casi nadie le conviene que el actual proceso social mexicano desemboque en una salida catastrófica similar a las del pasado, ni siquiera a las clases menos favorecidas, pues en el corto plazo su situación no mejoraría sino empeoraría. Y ni que decir de los actuales grandes ganadores; lo último que desearían es un entorno donde se perdiera la confianza, donde los socios extranjeros se volvieran a ir, donde lo impredecible se tornara cotidiano y donde la acumulación de miles de millones de dólares en una sola familia, como hoy es el caso, fuera blanco de ira y del resentimiento de la mayoría. En vista de lo anterior, una reacción inteligente consiste en cambiar para prevenir, en tapar las grietas del dique antes de que las filtraciones se conviertan en desgajamientos de las paredes y en desbordamiento de las aguas.

En lo económico no hay, por ahora, posibilidad de cambios dramáticos. Redistribuir hoy en gran escala puede ser justo pero finalmente contraproducente para un país periférico que debe enfrentarse a las reglas del mercado. Sin embargo, hay que diseñar un proyecto equivalente al de los laboristas. La promesa creíble de un mundo modestamente mejor para el grueso de los mexicanos fue uno de los elementos de la estabilidad postrevolucionaria y una de las grandes ausencias en la actualidad. Desafortunadamente, quienes hoy manejan el poder ya no pueden hacer esa promesa por carecer de credibilidad. Por ello, cualquier cambio que busque dar al mexicano común y corriente la seguridad de que el futuro inmediato no será igual sino mejor que el presente, tiene que pasar por un cambio del instrumental a través del cual se formule esa promesa: el cambio del sistema político.

Sin modificar positivamente las variables de la economía depende hoy más que nunca de factores externos casi imposibles de controlar –precio internacional del petróleo, el valor del peso en relación al de las monedas de nuestros competidores en los grandes mercados de exportación, las decisiones de los administradores de los grandes fondos de inversión en Estados Unidos y Europa, etcétera- entonces estamos aún más obligados a transformar, y a fondo, las variables que sí controlamos –las internas- y que son parte de la reconstrucción de la confianza: las variables políticas. Hay que detener el alarmante deterioro de la estructura de poder, revertir las tendencias a la ingobernabilidad y dar forma a grandes pactos políticos. Todo ello requiere, por fuerza, dejar atrás lo que aún queda, y que es mucho, del viejo sistema autoritario, del presidencialismo irresponsable y del partido de Estado, El nuevo vino no va a ser aceptado si viene en los mismos odres viejos que, se sabe, tenían un producto de pésima calidad.

El combate a la desigualdad económica tiene que ser paulatino, pero sistemático y creíble. Y esa labor no la puede desempeñar un gobierno débil, desorientado y que carga sobre sus hombros la herencia de una tradición de gran corrupción. Una autoridad legitimada por la renovación es la mejor equipada para hacer un llamado y una promesa equivalente a la de los laboristas en Inglaterra o los socialistas en Francia. Y sólo esa promesa puede desactivar el potencial que hoy existe, y que amenaza con crecer, de que una parte de la sociedad desborde a las instituciones y abandone la idea del cambio pacífico y por la vía democrática. Sólo mediante un cambio político que se vea y que sea de fondo, se logrará reinstalar en México la idea de un porvenir que valga la pena, uno donde las penurias del presente se hagan soportables gracias a la confianza sobre el futuro. Sin utopía, aunque sea pequeña, México es una realidad terrible, donde ni siquiera los pocos viven en paz. Hay pues que estudiar la búsqueda europea de alternativas, quizá encontremos algo útil en el viejo continente. El tiempo apremia.